

## *-Lo fácil de la negación-*

Una joven lee. Es una de esas muchachas que parecen haber llegado a la pubertad hace apenas dos segundos; una de esas que, solamente con atisbar su enmarañado pelo, o percatarse de la inseguridad con que sus ojos miran, deja traslucir que todavía nada ha sido edificado en su mente, que ni siquiera la base ha sido concebida en su inexperta cabecita. A su alrededor casi se pueden vislumbrar las miles de ideas que se arremolinan en su interior, generando tediosas dudas indescifrables de las que nada puede sacarse en limpio. En sus nerviosos movimientos, en el imparable temblar de su pierna, se logra leer como si de un libro abierto se tratara que está determinada a acabar con esa confusa ignorancia que se agolpa sobre ella como un fantasma envidioso. Y, lo más curioso de todo: lo ha decidido hoy.

En realidad, la chica está más que emocionada. Tiene la certeza, o la esperanza al menos, de que se esclarecerá para ella el mundo. Se siente triunfal, madura, enérgica, como si todo lo derrumbase con los acelerados latidos de su corazón, como si pudiese, de un avieso ademán, demoler hasta la más gruesa de las murallas. Hoy es un día en que siente la imperiosa necesidad de gritar. Sin embargo, con un pícaro gesto que dedica para sí, se reprime y logra tranquilizarse.

Se ha ido a resguardar a su establecimiento favorito. Ha estado la mañana entera intentando averiguar cuál sería el marco más apropiado para sus futuros descubrimientos, y ha acabado convencida de que era éste. El que se le presentase la respuesta con tal relativa velocidad y desechase las demás posibilidades sin asomo de remordimiento le ha parecido a la joven un adelanto de lo que serían sus postreras revelaciones innegables. Ha cogido, con esta idea en mente, su ya destrozada mochila de cuero y el libro que, con los mejores deseos, su madre le ha recomendado, y ha salido de casa como un rayo de luz.

Ahora, sentada con un burbujeante té a su lado, una mano en la frente, la otra sobre una de las amarillentas páginas del volumen, sabe que la elección del lugar ha sido la correcta.

En contraste con la creciente oscuridad del interior de la enternecedora cafetería, iluminada únicamente por la llamita afable de cien velas aromáticas, se cuelan por el gigantesco ventanal los brillos de un cielo que, si bien no se encuentra tan completamente despejado como a él mismo le hubiera gustado, le parece a la muchacha que luce con unos radiantes y azulados reflejos de ensueño. Efectivamente, unas cuantas nubes sólo a medias disipadas se atreven a interponerse entre la tierra y el excelentísimo sol, creando sobre la superficie terrenal unas etéreas pinceladas doradas sólo aquí o allá, como si se marcaran sobre el suelo las zonas de importancia especial, aunque la joven duda que entre tanta magnificencia algo sobresalga. No existe lugareño que no se muestre orgulloso de los paisajes con que su hogar se reviste cada día y ella, evidentemente, también se cuenta entre ellos.

Es éste el único lugar en el cual parecen fundirse, en una explosión, en un estallido sordo, agua, fuego, roca y viento. Es como si unos pequeños dioses, piensa nuestra amiga, hubieran llegado a la conclusión de que debían experimentar con los materiales que se les ofrecían. Y así, seguramente, habrían arrancado un trocito de la dulce brisa matinal, un pedazo del mayor océano conocido, una porción de la montaña más grandilocuente, una parte del calor del centro de la tierra, y hubieran jugado con tales ingredientes al azar, probando una combinación tras otra. Entonces, de golpe, sin presentirlo siquiera, uno de ellos habría exclamado: “¡Esperad! ¡Veo algo hermoso!”. Y, en efecto, ahí estaría la solución racional a todo ese revoltijo, una solución que, de tan casual, cuenta con un valor incalculable. La joven se siente privilegiada en estos instantes al poder, con total libertad, girar un poco el rostro y contemplar, a través de los impolutos cristales, la espesura característica del lugar, con sus juegos de luces, con sus incógnitas asomando.

Lee. El libro habla en profundidad y totalidad de lo conocido. De cultura, tolerancia, música, teatro, ciencia. A medida que pasa las hojas, cree notar cómo el volumen de su cerebro crece a pasos agigantados. A todo le encuentra sentido, todo se le almacena sin excusas, clasificado y ordenado como es debido.

Pero entonces, inexplicablemente, se encuentra con una traba. No lo comprende. ¿Qué ocurre? No consigue sintetizar la información del último capítulo. Sus ojos ambarinos se pierden en palabras sin lógica alguna para su comprensión: Destrucción. Contaminación. Desastre. Efecto invernadero. Horror. Extinción. Desolación. Deshielo. Catástrofe. Atmósfera agonizante. ¿Qué es todo eso?... Fin inminente.

Sin motivo, se encuentra con un enredado nudo en la garganta. Se desespera. ¿Es eso posible? Sus ojos se anegan en lágrimas mientras se sorbe la nariz. ¿El hombre la mayor plaga que ha existido? ¿Se acaba sin remedio lo creado? La joven saca con rapidez su pañuelo y mira hacia el ventanal. ¿Cómo puede ser? Lo está viendo. Está contemplando esa naturaleza que desde niña la ha amparado. Es algo tan real como ella misma. ¿Cambio climático? ¿Pero si ve que siguen ahí los bosques, los ríos, inmutables y eternos!

Entonces, felizmente, logra refugiarse en sus pensamientos. Tímidamente, resbalando aún una lágrima solitaria por su sonrosada mejilla, se aventura a sonreír. ¡Qué burda mentira! ¡Y pensar que por unos momentos le había dado credibilidad! ¡Ilusa, ilusa imbécil! ¡Tiene la prueba que rebate los falsos argumentos ante sí! Algo tan terrible no podía ser verdad.

Satisfecha, le da el último trago a su vaporoso té, paga al camarero lo debido y se marcha victoriosa de allí, a buen trote, como un soldado que sigue el ritmo de los tambores. Se sabe lo suficientemente inteligente como para desenmascarar la trampa mortal que querían tenderle: está exultante.

En cuanto la chica gira en la curva más cerrada del rústico camino y se pierde de vista entre frondosos ramajes, una vertiginosa y oscurísima niebla avanza sin previo aviso y se estanca, permanente, en la zona. Pretende quedarse ahí hasta el final de los tiempos, ennegreciendo lo existente, ocultando con su húmedo manto la vista que antes se consideraba tan poderosa y, a la vez, tan bella. Y nadie, desgraciadamente, se da cuenta de ello.

**Irene Otero Calvo**